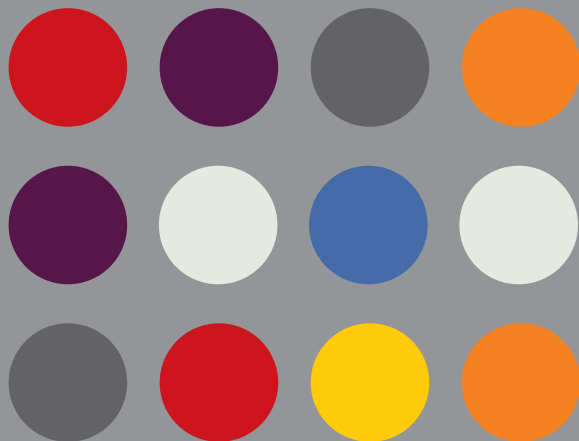


OBRAS GANADORAS
CONCURSO
NACIONAL

ARTE Y DERECHOS HUMANOS

2014

CUENTO / AFICHE /
FOTOGRAFÍA / MICROMETRAJE



CIUDADANÍA, IGUALDAD, DIVERSIDAD

ORGANIZAN



PATROCINAN



COLABORAN





2014_

CONCURSO NACIONAL ARTE Y DERECHOS HUMANOS CIUDADANÍA, IGUALDAD, DIVERSIDAD

Organizadores_

Instituto Nacional de Derechos Humanos
Museo de la Memoria y los Derechos Humanos

Patrocinadores_

Oficina Regional para América del Sur del Alto Comisionado
de Naciones Unidas para los Derechos Humanos.
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Colaboradores

Balmaceda Arte Joven
Radio Uno

Textos_

Miguel Ángel González Campos

Fotografías_

Marco Avilés Valencia
Fernando Espina Iglesias
Miguel Ángel González Campos

Diseño y diagramación_

Triángulo / www.triangulo.co

Impresión

Alvimpress

ISBN: N° 978-956-9025-62-4

Registro de Propiedad Intelectual: N° 248.109

N° Primera edición: 3.000 ejemplares

Santiago de Chile

Diciembre de 2014

ÍNDICE

7	Presentación
8	Palabras Lorena Fries, Directora Instituto Nacional de Derechos Humanos
9	Palabras Ricardo Brodsky, Director Museo de la Memoria y los Derechos Humanos
11	Convocatoria
13	Proceso de evaluación
15	Premiación
17	Cuento
43	Fotografía
55	Afiche
67	Micrometrage

*Los derechos humanos son sus derechos.
Tómenlos. Defiéndanlos. Promuévanlos
Entiéndanlos e insistan en ellos.
Nútranlos y enriquezcanlos...
Son lo mejor de nosotros. Denles vida.*

Kofi Annan

Ex Secretario General de Naciones Unidas

PRESENTACIÓN

En la historia del arte, podemos apreciar cómo éste —a través de sus diversas expresiones y lenguajes— ha permitido a la humanidad representar la realidad y transformarla. El acto creativo, más allá de la obra en sí misma, puede convertirse en denuncia haciendo visible lo que estaba oculto.

Es precisamente la potencialidad del acto creativo de erigirse en un ente transformador de la realidad, la que permite comprender que haya sido vehículo privilegiado para denunciar vulneraciones a los derechos humanos, educar a las personas sobre éstos y construir una cultura de respeto a los mismos.

Podemos afirmar, incluso, la propia existencia del derecho internacional de los derechos humanos como un acto creativo, que ha permitido hacer visibles las injusticias que afectan a la humanidad; posibilitando la visión de un mundo de convivencia armónica, en el que la no discriminación y la sustentabilidad sean anhelo de vida de las personas.

El Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos es hoy, además de una plataforma de difusión de los derechos humanos, una instancia de respaldo al talento, al compromiso y a la creatividad de quienes participan en él.

Tras las experiencias de 2012 y 2013, la convocatoria realizada en 2014 pidió a las y los concursantes, reflexionar sobre la importancia del ejercicio pleno de *ciudadanía*; sobre la *igualdad* de todas las personas en dignidad y derechos, y en el reconocimiento de la amplia *diversidad* humana como ejes de una convivencia democrática respetuosa.

Trasladar este mensaje a las narrativas literaria, gráfica y audiovisual fue un desafío acogido por doscientos cincuenta personas participantes. Sus obras fueron evaluadas por un jurado externo, independiente, de vasta experiencia y trayectoria, que, bajo total anonimato de los/las autores/as, calificó y premió a las obras que resultaron ganadoras.

La tercera versión del Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos permitió que ciudadanos y ciudadanas, desde diversos lugares, con sus distintas visiones y sensibilidades, hicieran suyo un objetivo común: ser protagonistas en la labor de promoción de los derechos humanos.

El Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos es un viaje cuyo vehículo es la expresión; *porque el arte es expresión, y la expresión un derecho.*

Lorena Fries_
Directora Instituto Nacional de Derechos Humanos

Más de 65 años han pasado desde la Declaración Universal de los Derechos Humanos, sin embargo en Chile, la desigualdad, sumada al impacto que aún significa para muchos/as las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura militar, siguen siendo barreras para la plena vigencia de los derechos humanos.

En nuestro país discriminamos en calles, escuelas, lugares de trabajo y medios de comunicación. Hombres y mujeres siguen siendo vulnerados en sus derechos humanos en razón de su género, orientación sexual, nacionalidad, apariencia personal, situación económica, de discapacidad o forma de pensamiento; y junto a ello, día a día ciudadanos y ciudadanas viven esta realidad, sin reparar en la violencia que ella contiene.

El Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos 2014, bajo el lema “Ciudadanía, Igualdad y Diversidad”, nos desafió como personas y en tanto comunidad a proponer, a mostrar y a denunciar para crear una cultura de respeto a los derechos humanos de todos y todas. La cantidad y la calidad de las obras recibidas dan cuenta de una ciudadanía más activa en el ejercicio de la libertad de expresión y en la exigencia de sus derechos.

El certamen abarcó todas las regiones, plasmando una gama temática propia de la pluralidad de nuestra sociedad a través de cuentos, afiches, fotografías y micrometrajes que graficaron la memoria histórica, las identidades y los grupos vulnerados; visibilizando la exclusión y demandando el necesario respeto entre las personas y desde las instituciones.

Agradezco al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos por acompañarnos en la organización del Concurso; a la Oficina Regional para América del Sur del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos y al Consejo Nacional de la Cultura y las Artes por el patrocinarlo; a Balmaceda Joven, al Instituto Nacional de la Juventud y a Radio Uno por su apoyo y colaboración. Entrego además un especial reconocimiento y agradecimiento al selecto jurado compuesto por Viviana Díaz, Luis Poirot, Paz Errázuriz, María José Bunster, Felipe Mella, Carla Guelfenbein, Pablo Simonetti, Andrea Chignoli, y Andrés Wood; que dedicó desinteresadamente su tiempo y vasta experiencia a la evaluación de las obras en concurso.

Felicito a las y los ganadores, y a través de ellos/as, a todos/as quienes decidieron enviar sus trabajos, por su talento y compromiso como activos/as defensores/as de los derechos humanos.

Ricardo Brodsky_
Director Museo de la Memoria y los Derechos Humanos

Unir expresión artística con la defensa de los derechos humanos es el fundamento del Concurso Nacional de Arte y Derechos Humanos que en su tercera versión abordó los temas de ciudadanía, igualdad y diversidad.

Esta iniciativa que busca promover una cultura de respeto a la amplia gama de los derechos humanos en Chile, corresponde a un trabajo conjunto entre el Instituto Nacional de Derechos Humanos y el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos y que en cada versión recibe numerosas obras que interpelan las problemáticas emergentes y desafíos en el campo de los derechos humanos.

Obras que hablan de las violaciones a los derechos humanos en el contexto de la dictadura, obras que hablan de los derechos de grupos discriminados como las diversidades sexuales, las mujeres y las personas con discapacidad, son parte de las temáticas que este año se vieron reflejadas en las distintas categorías: Cuento, Afiche, Fotografía y Micrometraje.

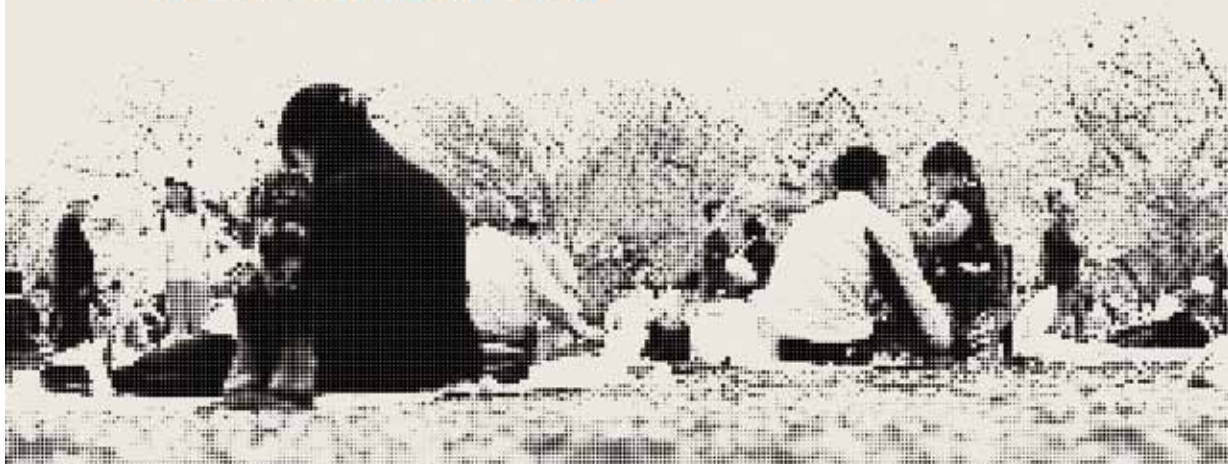
Las temáticas abordadas sin duda contribuyen al ejercicio activo y amplio de la ciudadanía, la igualdad de derechos y la diversidad como componente fundamental de una sociedad democrática.

CONCURSO
NACIONAL
**ARTE Y
DERECHOS
HUMANOS**
2014

CUENTO / AFICHE /
FOTOGRAFÍA / MICROMETRAJE



CONCURSO NACIONAL ARTE Y DERECHOS HUMANOS 2014



CIUDADANÍA, IGUALDAD, DIVERSIDAD

16 JUNIO AL 18 AGOSTO

BASES EN: INDH.CL Y MUSEODELAMEMORIA.CL



CONVOCATORIA_

El Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos realizó su tercera convocatoria entre los días 16 de junio y 18 de agosto, a lo largo de todo el país.

La invitación que el certamen hizo a la comunidad, estuvo orientada a la presentación de obras que reflejaran una mirada reflexiva y profunda en torno a la amplia gama de derechos humanos, con un especial llamado a reforzar los valores del ejercicio pleno y amplio de *ciudadanía*, la igualdad en dignidad y derechos de todos los seres humanos, y la *diversidad* como elemento fundamental de la vida democrática.



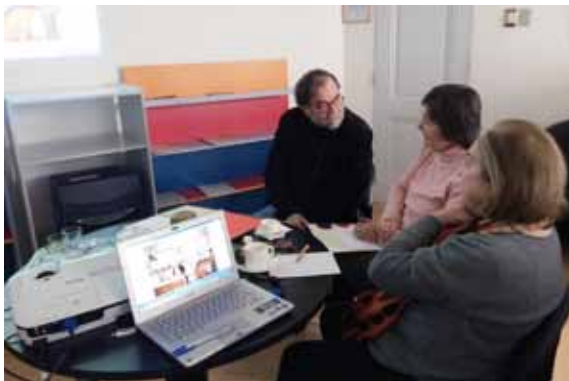
ÁFICHE DE LA CONVOCATORIA 2014.

EVALUACIÓN_

Las obras presentadas al Concurso, fueron evaluadas por un jurado de alto nivel en las diversas categorías contempladas, además de una reconocida labor de promoción de los derechos humanos.

El grupo fue presidido por la Premio Nacional de Derechos Humanos 2011, Viviana Díaz Caro, junto a la fotógrafa Paz Errázuriz y el fotógrafo Luis Poirot; la montajista audiovisual, Andrea Chignoli y el cineasta Andrés Wood; la escritora Carla Guelfenbein y el escritor Pablo Simonetti; la museógrafa María José Bunster y el director de Balmaceda Arte Joven, Felipe Mella.

El grupo evaluador cumplió su tarea con independencia de la organización y bajo total anonimato de los/las autores/as de los trabajos presentados.



LA SECUENCIA FOTOGRÁFICA DA CUENTA DEL TRABAJO DEL JURADO CONVOCADO PARA EVALUAR LOS CIENTOS DE TRABAJOS PRESENTADOS AL CONCURSO

PREMIACIÓN_

Como cada año, las y los participantes fueron convocados a la ceremonia de premiación del Concurso Arte y Derechos Humanos, que se realizó en el auditorio del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

El encuentro, cargado de emociones y un profundo sentido de la importancia del arte como herramienta de expresión de ideas y motor difusor de los derechos humanos, fue presidido por la Ministra de Cultura, Claudia Barattini; la Directora del INDH, Lorena Fries, y el Director del MMDH, Ricardo Brodsky, además de los integrantes del jurado, las y los participantes y sus familias.



LA PREMIACIÓN 2014 FUE CONDUCTA POR LA ACTRIZ Y LOCUTORA DE RADIO UNO, LORENA CAPETILLO.







CUENTO

Chile es un lugar en el que los diferentes tienen dificultades para ser felices. Chile es un lugar en el que los diferentes tienen dificultades para ser vistos. Los pobres, los homosexuales, los indígenas, los extranjeros, los que piensan distinto; y tantos, tantos otros que no logran encontrar su lugar porque les es vedado encontrarlo. Los que vagan invisibles, sin pertenecer, necesitan gritar, saltar, agitar las manos, para intentar ser vistos. Por eso se encaraman con esfuerzo a cualquier tarima digna, para por un momento ser escuchados, sin vergüenzas, con orgullo. Aunque ese momento sea fugaz y más parecido a un sueño que a un recuerdo.

Para nosotros, los de extramuros, el INDH es y debiera ser la más alta y digna de las tarimas desde las que gritar para mostrar nuestras volátiles presencias. Para mí así fue. Aunque haya sido un momento más parecido a un sueño que a un recuerdo.

FREDDY ANDRÉS CALDERÓN CALDERÓN

1ER LUGAR

AL MARCHAR

Levantó la cabeza del libro y se encontró con las particulares casas de la entrada de la ciudad. Seguían sin cambios. Sin embargo, creyó distinguir una fina y densa capa de años cubriéndolas. Años que daban la sensación de haber salido de ninguna parte, de pronto. Convirtiéndolas en un fósil en medio del paisaje natural, que brillaba siempre como un recién nacido. La misma impresión daba las veredas agrietadas y los árboles deshojados por el viento de la estación. Las pequeñas tiendas de la calle principal parecían aguantar una existencia de un millón de años. Incluso las personas que entraban y salían de ellas parecían cubiertas con la misma vetustez que se había adueñado de la ciudad en sus años fuera.

Desde su asiento en el bus, a través del vidrio en el que las gotas de agua dibujaban caprichosos caminos color plata, comparó la pequeña ciudad con una ballena que hubiera ido a morir a una playa aislada y lejana. Debe ser que las ciudades, como las personas, envejecen, pero no por eso se convierten en personas diferentes, pensó.

A medida que el vehículo se adentró por calles que en su memoria permanecían dibujadas a grafito, se apoderó de él la seguridad de que nada cambiaría en aquella ciudad que tan bien conocía. Solo se iría cubriendo cada vez más de esa espesa capa de años, hasta que desapareciera, enterrada por ellos. Iría acumulando años sin que los días avancen. Como lo hacen todas las ciudades del sur de Chile. De la ballena quedaría solo un esqueleto amarillento imposible de reconocer. Se preguntó si era una buena decisión la que había tomado. No supo responder.

La población lo recibió de la misma manera. Era lo que esperaba. Los pobres no pueden cambiar el aspecto de sus casas cuando se les antoja. Ni el de sus casas, ni el de ellos mismos. La capa de años los cubre sin miramientos.

Al abrir la puerta de la cocina se sintió llegando del liceo. Entró, ansioso del calor que emanaba de la cocina a leña, jugando a adivinar, por el olor, la comida que a esa hora habría terminado de cocinarse. La escena que encontró no lo decepcionó: Su madre tejía en la banca, detrás de la cocina. El delantal puesto y el largo pelo negro en el que ahora se adivinaban algunas canas tomado en una cola. En cuanto lo vio rompió en llanto. La abrazó. La nostalgia se acomodó en su pecho. Con esfuerzo evitó llorar. Él ahora era un hombre y en sus brazos el delgado cuerpo de su madre parecía haberse encogido. Qué ternura le causó verla y sentirla de esa forma. La echo tanto de menos, hijo —le dijo secándose los ojos con el delantal— como tantas otras veces la había visto hacer cuando era un niño.

La pobreza te prepara para el sufrimiento, pero hay golpes que, por lo despiadados, son un alud interminable para el que no existe contención. Un remezón del mundo en que se vive, convirtiéndolo en escombros que obligan a volver a construirlo todo desde el suelo.

Su padre lo recibió de la misma manera en que lo despidió la vez que salió para no volver. Un apretón de manos y un movimiento de cabeza. Sus ojos se habían endurecido.

Qué tal el viaje —su voz seca lo puso nervioso, como en aquellos años—. Con esfuerzo logró darle a su propia voz el tono de seguridad y adultez que ahora le eran propios. Bien, papá, bastante bien. Es bueno volver a verlo.

Los días pasaron y se sintió con ánimo suficiente para visitar la nueva morada de su hermana. Fue solo. Quería sentir que estaba a solas con ella. Como cuando de niños esperaban que sus padres regresaran del trabajo. El día era uno de esos en que la lluvia y el humo de los cañones tiñen el mundo de un gris monótono que desdibuja la silueta de las cosas. Había echado de menos eso. La lluvia y el viento. El olor a humo y a tierra mojada. El calor de su cuerpo bajo la ropa abrigada. Sentirse él mismo desdibujado mientras caminaba por las calles cubiertas de agua y barro. Se arrebujó en el abrigo. Se ciñó un poco más la bufanda y disfrutó del temporal mientras caminaba.

Encontró la tumba de su hermana bajo un enorme pino al que el viento arrancaba sonidos de casa vieja. Un montón de tierra húmeda con una cruz de madera. Algunas flores mustias y muchas flores de plástico. Un remolino azul y amarillo clavado en el suelo que giraba con un sonido constante, le recordó una tarde de plaza y manzanas confitadas con cada uno de ellos de la mano de su madre.

Marcharse de la ciudad fue escapar. No fue solo un acto necesario para entrar a la universidad, y a través de ella, huir de la pobreza. Fue dejar atrás a personas que lo amaban, pero que no lo comprenderían. Que lo juzgarían. A las que haría sufrir y que lo harían sufrir a él. Fue esconderse. Fue dejar atrás a su padre. Una figura inmensa que proyectaba la sombra que llenaba los días de su primera juventud. Fue entregarse al miedo.

La soledad en las ciudades pequeñas cala más en los huesos. Más que el frío. Más que el viento y la lluvia que a la larga se vuelven compañeros. Su llanto fue largo y grave.

Por su hermana, por su madre, por su padre. Por los años de pobreza. Por la ignorancia y los prejuicios de ese país tan desigual. Por él. Por las cosas que dejó atrás y nunca podría recuperar.

Frente a la tumba de su hermana comprendió que del único que había estado huyendo todo ese tiempo, era de él mismo. Enjugándose las lágrimas, prometió no volver a tener miedo.

Encontró a su madre cocinando. Revolviendo la olla entre el ruido de tapas saltando y el agua en ebullición. El televisor prendido mostraba las noticias del canal local. Su padre entró con una brazada de leña que dejó en el cajón a un lado de la estufa.

Hijo, ¿vas a almorzar con nosotros? -preguntó su madre-. ¿Qué cocinaste, mamá? Una cazuelita.

Está rica.

Se sentaron a la mesa. La cazuela estaba rica.

¿Qué es lo que piensa hacer? —le dijo su padre, justo antes de echarse la cuchara a la boca. Hace rato que esperaba la pregunta—.

Me voy a quedar a vivir aquí. Voy a hacer reemplazos. Hay cosas que quiero retomar. La escritura, por ejemplo. Tengo plata para vivir por unos meses mientras encuentro algo estable. Ninguno de los dos se miró a la cara.

Por un momento lo único que se escuchó fueron las cucharas al tocar los platos y la cáscara de pan recién horneado al ser partida.

Escribir. Vas a volver aquí a escribir. Vas a dejar tu trabajo por escribir.

Sí, papá. Por escribir. Y por estar más cerca de mi mamá.

Tu mamá no te necesita cerca. Está bien. Estamos bien.

Claro, papá. Lo sé. Como siempre.

Su madre, algo nerviosa, interrumpió la conversación.

¿De qué están hablando en la tele?

El lector de noticias hablaba de una marcha que se realizaría ese mismo día en el centro de la ciudad.

Lo que faltaba. Que esa gente empiece con esas leseras aquí. Mi Dios, cómo está este mundo. Cambia eso, no quiero ver a esa gente —su padre no había perdido el talento para que sus palabras rezumaran desprecio—.

No, mamá. Espera un poco, por favor. —Sintió la mirada de su padre. Su madre no cambió de canal—.

Sentado en la plaza vio cómo la gente comenzaba a llegar. La mayoría jóvenes, pero había viejos también. Tras un consciente acopio de valentía logró levantarse para ir a reunirse con ellos. En el último momento el miedo lo inmovilizó: el canal de la ciudad estaba ahí. Todos verían quiénes estaban, quiénes eran. Estaba seguro que sus padres lo verían o que alguien más les contaría. En esa ciudad todos se conocían. Todos sabrían. Todos.

Qué estoy haciendo. Estoy quedando hueón. Me estoy volviendo loco.

Aterrorizado, se dispuso a dar un paso en otra dirección cuando vio a una mujer joven que lo miró y le sonrió cuando tomó de la mano a otra mujer más joven todavía. Se besaron sin pudor y le dieron la espalda. Estaban felices. Se veían felices.

Caminó hacia las personas que se disponían a marchar. Tímido al comienzo, más confiado después. Alguien lo saludó con un simple hola y él respondió extrañado, tomado por sorpresa. El simple gesto le arrancó una sonrisa. Cuando la cámara pasó frente a él, se aseguró de mostrar la mejor de sus sonrisas. La marcha fue colorida y alegre. Las banderas arcoíris y los gritos no demoraron en aparecer. Y los cantos. Y las risas.

En la calle principal se despidió de los amigos hechos marchando ante la mirada de todos. Recordó la sonrisa que provocó su saludo en un niño que, tomado de la mano de su padre, miraba al grupo de marchantes sin parpadear. Permaneció un momento allí, de pie, cerca de la entrada de su pequeña ciudad. Buscaba algo, algo que de pronto echó de menos. Levantó la cabeza.

Aquí y allá se podía distinguir el azul del cielo. Le sorprendió que hace rato dejara de llover y que no lo hubiera notado.

Iba a ser uno de esos días en el sur en los que sol se abre paso entre las nubes cargadas de lluvia.

Un árbol atrapó un rayo de sol. Le pareció que en sus ramas se podían distinguir algunos nuevos brotes.

No tan solo una, sino varias y casi infinitas e insospechadas son las vivencias en un presidio impuesto por una dictadura. Se van sucediendo para armar experiencia. Y la poderosa memoria personal comienza a intranquilizar, y atora, hace mella. Pareciera que vivir encarcelada en el pellejo fuera su destino.

Sin embargo, las imágenes, las letras, los párrafos se van armando y en otras sufriendo su reestructura o escapando a sectores íntimos que hacen doler; pero el tiempo y el recuerdo se encargan que uno tras otro se perfilen, en letras, una palabra, hasta que logren adquirir el rótulo de memoria colectiva tras un texto armado. Así, de esta manera, las vivencias, aunque personales, llegan a pertenecer a todos.

ÁNGEL RAÚL ARIAS QUEZADA
2^{DO} LUGAR

TODA MI HAMBRE EN UN PAR DE HUEVOS

El hambre es una de las pestes poderosas que pueden socavar el ánimo, y peor aún, controlar a un ser humano, su voluntad y las decisiones más elementales. En el Estadio Nacional los presos por la dictadura militar chilena del año 1973, sufrían este flagelo.

Desde el 16 de septiembre de 1973 viví 80 días sentado en las galerías mirando el pasto verde de la cancha de fútbol. Por las noches era ubicado en los pasillos o bien en los camarines del campo deportivo. Otros, los detenidos recién ingresados, quedaban tirados en los túneles mirando el dibujo interior de las graderías que en fila llegaban hasta la tierra apisonada por la huella de los pasos de los jugadores y las marcas de los cascos de las pelotas de fútbol que daban de estrellones contra los muros de concreto. Para pasar las noches frías de la primavera de septiembre, una frazada se transformaba en un tesoro, como también podía ser la mitad de un colchón relleno de algodón, que bien soportaba la parte superior del cuerpo, pero se debía administrar su uso; unas horas sobre él, y otras por debajo, todo eso dependía del frío, del cansancio o el estado de ánimo del detenido.

En las mañanas una marraqueta y un tazón de té o café de higo con leche de extraño sabor, lograba darme calor y ánimo después del insomnio con sueños desconstruidos por las luces y las caminatas de los soldados que no dejaban de vigilar los cuerpos tendidos. Al mediodía un fondo de aluminio nos traía un caldo delgado donde se distinguían a veces las lentejas, los porotos o los garbanzos, aunque en otras oportunidades la cazuela insípida hacía su debut en nuestra boca hambrienta. Por la tarde, otro jarro con agua caliente llegaba con el trozo de pan para suplir el necesario alimento.

Ya al mes, para algunos, y para otros antes o después, había un desate de ingenio que permitía saciar en parte el hambre que molestaba hasta el cerebro. Si había cazuela, se depositaban los trozos de pollo o de carne dentro del pan, de esta manera el sabor y el caldo remojaban las migas. Así, con el ánimo y la decisión absoluta de un espartano, ese pan se guardaba en un bolsillo hasta la espera del tazón de la tarde; Ahí se devoraba este sandwich que toda la tarde había horadado el recuerdo de tan apetecido preparado, entonces dos panes ahora iban al deleite; uno con carne y el otro de la tarde, solo. Eso era un logro para la voluntad de un hambriento y una alegoría a los paladares más delicados.

En los comienzos de nuestros días de prisión en el Estadio Nacional teníamos que recurrir a las cáscaras de naranja o plátanos que los asistentes al partido del último domingo antes del golpe militar habían dejado tiradas. Estas apreciadas cáscaras

las recolectábamos en recipientes con agua para que se hidrataran, así pasaban los horas y a veces un día de espera hasta sentir las en el paladar y engullirlas; sentíamos la acidez que invadía las papilas lentamente hasta desatar el jugo de la saliva que lograba acariciarnos como la mano de una madre.

Nuestros cuerpos estaban débiles, solo se atrevían a tener como actividad diaria estar tirados en las graderías como lagartos alimentándose de los rayos y nutrientes que el calor del sol nos hacía llegar. Y si alguno de ellos se atreviera a ponerse de pie, sin la debida precaución de hacerlo lentamente, la debilidad y la falta de energía cobrarían un mareo o bien las estrellitas reventarían para girar ante nuestros ojos como luces interiores que acusaban la fragilidad de ese cuerpo.

Gustavo, un amigo de presidio, de lentes redondos, actor, se acomodaba sobre el tablón de la gradería y en posición de veraneo de islas misteriosas de ensueño, ponía una bandeja llena de chocolates cuadrados ante sus ojos y al alcance de la mano que buscaba a tientas mientras su rostro se encumbraba en busca del sol primaveral, los ojos cerrados imaginaban el bocado que imitaba chocolates con un burdo mendrugo amasado y rehecho en cuadrados para semejar el deleite que Gustavo requería para la representación de su embeleso. Una imaginación que debía compartir, aunque sea con los ojos, pues de lo contrario era exclusivamente un desvarío que iba a rechinar por los pasillos de una casa de orates.

Solamente el hambre tratábamos de controlar para estar bien, pero no así algún pensamiento que tuviera relación con las carencias. Nada podía calmar la necesidad del alimento y menos el camino vacío que empezaba a recorrerse desde el estómago hasta los pensamientos desatados. Solo la calma azotaba silenciosamente el cuerpo para socavar las reservas que se vaciaban en nuestro organismo. Los comentarios sobre nuestra pobreza alimenticia no era tema habitual de conversación. Además, nadie tenía comestibles a la vista para que alguien pudiera compartirlo, entonces esa distancia impedía que fuera un asunto constante. También las circunstancias que nos mantenían en cautiverio, el abandono y la inseguridad nos obligaban dar prioridad al problema mayor que a las consecuencias que generaba. Cada uno de nosotros llevaba las apetencias como un problema personal y que se lograba cobijar en la intimidad de nuestras sensaciones. Solo cuando a alguien se le ocurría compartir un trozo de pan, ahí recién existía un comentario que nos recordaba que el hambre nos perseguía como un parásito rebelde, a todos por igual.

Se discurría mucho y más que un sabio. Por eso hubo dos soluciones que no podía dejar de llevarlas a cabo cuando el apetito se me hizo latente y llegó a ocupar todo el espacio de mi cerebro. La primera fue sin pensarlo mucho. Por la mañana se solicitaban voluntarios para acarrear el pan desde el camión de transportes "Progreso", que se ubicada fuera del estadio, pero dentro de los límites que circundaban las rejas

de los jardines que daban a Avenida Grecia. Estos camiones amarillos habían sido contratados por el Ejército de Chile para el acarreo del alimento de los presos del Estadio Nacional, aunque en conversaciones entre nosotros sosteníamos que también eran usados para el transporte de cadáveres por la noche.

Me ofrecí cuando el militar encargado solicitó voluntarios para traer el pan. Aceptó, y un milico me condujo junto a otro detenido hasta el límite que daba a la calle, nos indicó que deberíamos bajar los canastos a pulso desde el camión, luego trasladarlos hasta las filas de detenidos en el interior del estadio. Era una jornada para las tres comidas diarias. Vaya trabajo, pero bien es sabido que él que reparte, se lleva la mejor parte. Con cualquier descuido del soldado que nos custodiaba, nos llenábamos nuestra ropa con las marraquetas y hallullas recién horneadas. Los bolsillos, las pretinas, los calcetines y todos los espacios que las partes redondeadas del cuerpo permitían, se llenaban de la masa cálida y amiga. Era un gozo saber que iba a participar de una fiesta y había que recrear el espíritu, cada trozo de pan, así como jugando, lo depositaba en distintas partes de mi vestimenta como un desafío a la memoria. Trataba de olvidar dónde dejaba la hogaza escondida, por ahí, otro acá, otro trozo allá.

Al otro día, tendido sobre una banca, sin proponérmelo, mis manos buscaban en cualquier bolsillo, y con sorpresa, encontraba los panecillos. Era una alegría, había logrado engañar a mi memoria, a mi propia voluntad, y así el cerebro sonreía al encontrar estos tesoros en mis bolsillos, era un júbilo tener estos manjares entre los dedos. Oh, quién lo habría puesto allí, me preguntaba extasiado. Era encontrar un billete perdido cuando más se necesitaba. Este acto de sublime regocijo, me lo prodigaba en el silencio y el secreto de esa banca del estadio. La alegría de la masa horneada sobre mis tripas en cautiverio hacía fuerza en las papilas para desatar las salivas que en tropel iban a humedecer el manjar sólido del germen del trigo al centro del cuerpo.

Ahora, que el gusto del pan lo tenía, una paila pequeña de aluminio empezaba a tomar forma como el objeto deseado. Solo quedaba cocinar en ella, con aceite chisporroteado, un huevo. Revolver la sustancia blanquecina de la clara, hacerla entrar en cocción aromática, rebotarla en el aceite, y luego, lo más fácil de cocer, la yema. Reventar su solidez y revolverla para permitir el regocijo de mis ojos. Qué alimento tan urgente, tan al pillar. Ni las sopaipillas de los patriotas chilenos en la guerra de la independencia, que hambrientos buscaban una sopa pilla, sopa rápida para saciarse, una sopaipilla, una masa tirada al aceite, podía ser el más urgente alimento.

Un huevo, eso, solo un huevo en la mano, sí que era una sopa pilla, un alimento rápido al sosiego del hambre. Esa imagen, ese acto de cocinar un huevo me perseguía cada noche mientras trataba de dormir encima de una banca del camarín del estadio.

Giraba entre preparados con arvejas, queso, o bien, lo primero a la mano que significara engrosar el fundamental alimento huevo. De por sí era el alimento que hacía llorar al cerebro.

La oscuridad que permitían los párpados era el comienzo de esta maratón sufriente que no daba tregua. El huevo era el objeto de seducción, el deseo que permitía conseguir el alimento para mi organismo.

La segunda manera de cómo sacié mi hambre fue decir que no me llamaba como me llamo, olvidé mi nombre y apellido para poder comer. Me iba a llamar Juan Carlos Almendras, él era un amigo conocido en el Estadio Nacional, un estudiante que nunca supo bien por qué estaba detenido. Solo fue necesario que caminara por una calle al comienzo del toque de queda para terminar acá, sentado sobre las graderías de este recinto deportivo. Así, detenido, conocí a Juan Carlos Almendras. Compartimos algunas penurias, pero ya lo habían dejado libre, exactamente habían pasado tres días de su libertad cuando escuché que lo llamaban por los parlantes del estadio. Su apellido lo recordaba por ser un fruto que también daba vueltas en mi memoria. Una voz femenina de la Cruz Roja solicitaba su presencia en las puertas de la maratón. Era habitual escuchar la letanía de nombres y apellidos de los que tenían encargos o cartas de sus parientes y conocidos. Llamaban a Almendras para que fuera a retirar una encomienda. Pero él ya no estaba en el estadio. Decidí en ese marasmo no saber qué iba a suceder si cometía un desaguizado que pudiera exponerme a un juego peligroso, un traspíe que me permitiera ingresar en un laberinto de arrepentimientos. Mi hambre lo hizo todo, me llevó paso a paso por la pista de ceniza hasta la puerta de la maratón. Vi pasar a la gente que yo mismo permitía que me adelantara, quería tener la seguridad que Almendras no se hallaba aquí, que estaba en libertad, en su casa. Finalmente, ya comprobado que no existía en este recinto, decidí avanzar hasta donde la funcionaria de la Cruz Roja estaba para decirle que yo era Juan Carlos Almendras. Ella me entregó de inmediato los encargos en un bolso de equipo deportivo. Creía que podría darse cuenta que yo no era Almendras, pero en ese instante, sin carné de identidad, sí era Juan Carlos Almendras y nadie podía dudar que fuera así y menos lo habría cuestionado.

Me fui de vuelta por la misma pista de ceniza con el botín entre mis manos, trataba de imitar la manera de caminar de Almendras, para evitar sospechas. En el camarín disfruté con el chocolate en polvo que venía en una bolsa de papel. Armé bolillos en mi paladar, la saliva era escasa para abastecer tanto chocolate que permitía invadir mi existencia. Había panes y un envoltorio de mortadela que hicieron de mi vida otra vida, una para soportar este deleite. No podía dormir tranquilo pensando en los nuevos tesoros que me esperaban cada vez que volvía a abrir otros envoltorios, entre ellos, había un bulto de papeles amarrados con un elástico, eran cartas enviadas por parientes, o bien la amada que ansiosa las hacía llegar a Almendras; o qué se yo, una

vecina, un amigo, pero no, no abrí los secretos que cada una de esas cartas quería transmitir exclusivamente a una persona. Solamente hasta ahí avancé. El resto fue devorado y saboreado lentamente durante los días que tuvo que durar, ni más ni menos.

Los pañuelos de género, los calzoncillos y un chaleco de lana pasaron al uso de este nuevo Almendras, de talla similar, pero del bolso deportivo, fue un gendarme quien en la cárcel pública se hizo cargo, me lo pidió prestado para llevar su ropa deportiva para un partido de fútbol del fin de semana. Cuando se lo pedí de vuelta, el gendarme con toda la serenidad de un guardia, me dijo, pero si tú nunca me has prestado un bolso.

Dentro de los espacios y circunstancias que vivíamos en este desgraciado recinto de detención, nadie podía llegar a imaginar que una tarde, a eso de las 16 horas de un día de finales de noviembre de 1973, en las graderías que dan a la puerta de la maratón, se iba a llenar de aromas de un jugoso pavo asado y las dulzuras de una torta de lúcuma. Solo veintiún detenidos fuimos los que disfrutamos de este degustador espectáculo. La mayoría hasta esta fecha había sido enviada en barco al norte de Chile, otros a la cárcel pública para investigación militar; los condenados a penas de extrañamiento ya habían sido expulsados del país, el resto, los veintiuno que presenciamos este deleite, éramos los que habíamos sobrado de las reparticiones que hicieron los militares. Estábamos el periodista Manuel Cabieses, director de la revista Punto Final; algunos jóvenes delincuentes, yo y Mario Silva Leiva. Este hombre era un delincuente de unos 50 años, había comenzado su carrera delictual en el barrio Franklin de la ciudad de Santiago, como ladrón, ganándose el apodo de "Cabo Carrera", por su rapidez para escapar, tanto de las víctimas como de la policía. En la década de 1960, ingresó al narcotráfico, formó parte del llamado sindicato del crimen de Valparaíso, puerto donde se embarcaba la droga que era enviada a los Estados Unidos. Tras el Golpe de Estado fue detenido y trasladado al Estadio Nacional. Ahí Silva Leiva se sentía a sus anchas, recibía suculentas viandas de sus parientes y amigos. Esa tarde todo era más relajado, Silva solicitó a los militares que fueran a comprar un pavo asado y torta para que comiéramos los que quedábamos detenidos. Pero esas delicias solo pasaron por mi olfato. Manuel Cabieses, el periodista, me llamó, me indicó que mejor compartiéramos una bolsa con charqui que guardaba en sus bolsillos. Finalmente una buena conversación hizo de postre.

Me dejaron en libertad luego de ser trasladado a distintos centros de detención. Cinco en total. Desde Cuatro Álamos salí. Tomé un taxi en la calle Departamental, abrí su puerta y me senté, el taxista en silencio esperaba que le dijera algo y le dije a Domeyko, por favor. Era de noche, iba de vuelta a mi casa, algo así como a las 22 horas del 31 de octubre de 1974. Había cumplido un año y un mes detenido por el estado de sitio que había impuesto la dictadura. Fueron exactamente 410 días vigilado y reducido a un espacio determinado por los militares.

Había llegado el momento para saciar mi hambre, debía buscar el huevo que siempre me significó prístino, elemental para el hambre que me perseguía. Tenía que encontrarme con un huevo, aceite y algo de pan para devorar el sueño que tanta mella hacía en mí. En la casa nadie había; mi libertad fue sorpresiva. Solo me bastaba encontrar dos huevos, aceite, gas en la cocina, pan, una paila de aluminio y los fósforos que parecían flotar ante mis ojos. Partí la cáscara, freí los huevos, luego unté el pan hasta acabar con todo, seguí con la costra levemente quemada que se alojó al fondo del aluminio y mastiqué su dureza sabrosa como si fuera el comienzo y el final de todo. Las primeras lágrimas me invadieron. Me acodé en la mesa, y para tranquilizarme, busqué la cama. Parecía ajena. Ahí volví a dormir.

Mi motivación principal para participar en el Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos 2014 fue recordar una reflexión a la que me obligué cuando estuvo en la contingencia el caso Zamudio, y toda la solidaridad que despertó ese hecho. Lamentablemente, en ese momento sentí que esa solidaridad y empatía con la familia y con la diversidad eran sólo palabras, porque en la práctica la discriminación seguía mordiendo sin piedad.

Quise hacer un paralelo entre los vítores que se reciben cuando estás teniendo algún éxito y de cómo esos vítores se transforman en zarpazos cuando la discriminación asola las esquinas. “Semana Santa en la Patagonia” es en definitiva una muestra de esta triste realidad que todos aceptamos con culpa religiosa pero que no se asume en el cotidiano.

JOSÉ FRANCISCO MUÑOZ SERÓN

3^{ER} LUGAR

SEMANA SANTA EN LA PATAGONIA

DOMINGO DE RAMOS

Una semana más tarde estaría tirado en una cama de hospital, escuchando el golpeteo insistente de la lluvia sobre las calaminas, miraría con ojos secos el televisor encendido y se volvería hacia la pared, intentando desconectarse de la vida. No querría volver a ver a sus colegas de escuela, ni a los de las otras escuelas, no querría tampoco saber de alternativas mentirosas, ni de consejos bienintencionados. Odiaría la voz comprensiva de su madre y le dolerían los rezos solidarios de sus amigos distantes.

Solo seis días antes había entrado al pueblo en medio de una ceremonia de bienvenida, con discursos, cóctel y embanderamiento comunal. El alcalde, el cura párroco y los jefes de servicio solemnemente formados en la glorieta de la plaza, sonreían por el logro conseguido: habían traído de vuelta a su tierra natal al más destacado de sus hijos. La banda estudiantil tocó con marcialidad y los agudos quejidos de los pitos rebotaron en los desfiladeros que circundan nuestro pueblo. Todos estábamos ahí: los profesores, los padres, madres, apoderados y niños; también se acercaron a ver la ceremonia los transeúntes y los trabajadores municipales; Andrés, el locutor de la radio, y la Nico, de la televisión local. Sin duda alguna, era el acontecimiento más trascendente de los últimos veinte años: Salvador Luna volvía a la Patagonia después de doce exitosos años trabajando como primerísima estrella de televisión.

LUNES, PRIMER DÍA DE EXALTACIÓN

Llegó temprano al colegio, toda la comunidad lo esperaba. El director lo recibió en la puerta y lo condujo entre aplausos hasta la tarima preparada para él; estábamos todos expectantes, esperando que nos dirigiera sus primeras palabras. Llegaba manso... toda la pompa desplegada lo incomodaba; sin embargo, era parte del ceremonial y lo asumí con la resignación que los días de luces le habían enseñado. Sus palabras fueron sencillas, como sencillo era el atuendo que llevaba; recordó en su coloquio, los rincones de nuestra escuela y nombró con gran sensibilidad a cada uno de los maestros que ya no estaban; pidió tan solo que lo dejáramos trabajar con los niños:

El teatro, dijo, es la comunión de la realidad con la fantasía. Cuando queremos ocultar algo o impresionar a alguien, actuamos... desde esa perspectiva todos somos actores. A todos nos gusta maquillar la cotidianeidad, ponerle color... Fui invitado a trabajar en esta escuela con los niños, a enseñarles teatro y... en realidad, lo que yo quiero es jugar con ellos, me gustaría aprender de su naturalidad y frescura...

Aplausos cerrados, todos peleaban por obtener un gesto de Salvador, aunque fuera una mirada, ojalá cruzarse con él en un pasillo y santiguarse un buenos días. Nadie se restó a la tentación de ensalzarlo.

MARTES, SEGUNDO DÍA DE EXALTACIÓN

Tarde amaneció el día para Salvador. Miró por la pequeña ventana del baño y vio gajos de nieve colgando de los manzanos entumecidos. Es así mi pueblo, no cambia este olor a frescura, ni la claridad de la mañana... pensó.

Ya en el colegio se dispuso a trabajar con el selecto grupo de alumnos-actores, pero antes hubo de tragarse todas las excusas del profesor asesor: *que era él un amante del teatro, pero que nada se podía hacer con estos niños tan cordilleranos, que no había recursos, ni escenario, ni vestuario básico... tampoco tenía el apoyo de las autoridades..., que nada..., que no..., que nunca...* Salvador estaba saturado, sin embargo, su misión estaba más allá de él mismo. Por eso escuchó con estoicismo y postergó sus ganas de abofetear a su paisano. Unos minutos más tarde se reunió en un amable círculo en el suelo con los niños y niñas que soñaban con ser actores como él; habló con claridad deslumbrante y ponía ejemplos de tanta familiaridad para sus pupilos, que todos creyeron en él y se sintieron capaces de montar cualquier obra... de representar cualquier papel. Muchos de los adultos que llegaron a copuchar su trabajo, también quedaron sorprendidos con su discurso y les provocó una suerte de admiración, donde se larvó una pisca secreta de envidia.

MIÉRCOLES, ÚLTIMO DÍA DE EXALTACIÓN

Tarde o temprano nos cruzaríamos en un pasillo, yo lo sabía bien. Una suerte de pudor me desbordaba, presintiendo el inevitable encuentro... era imposible no encontrarnos en un pueblo tan pequeño, en unos pasillos tan estrechos. Me venía un arrepentimiento feroz cuando recordaba sus entrañables brazos y la suavidad de sus mejillas. Éramos tan coltros entonces, y el río cómplice, nos escondía comprensivo. Pero en ese entonces, yo no tuve el valor de partir de este pueblo agrio y me quedé; y me casé; y *putié*; y me senté en la primera fila de la iglesia con mi esposa y mis hijos... y fui uno más en el raleado tumulto patagón. Pero sabía bien que tú te acordabas de nuestros paseos por la vera del río. Una vergüenza dolorosa me acompañó por esos días, y tal cual él lo había profetizado, fui un actor fingiéndome más macho y putero que de costumbre.

JUEVES, LA PASIÓN

Cuando la ambulancia llegó ululando enloquecida a la puerta del colegio, todos estábamos atónitos. Una suerte de escalofrío me recorrió, intuyendo que serías tú,

mi Salvador, el que saldrías en andas... pero la cobardía me envolvió de nuevo, como tantas veces, y apresuré el paso esquivando la noticia.

Cuando, en tu inconsciencia, pidieron la ficha clínica que te acechaba desde la capital, el eco de *Sida* se escuchó en cada rincón de nuestros amados cerros, el eco de *Sida* rondó el río y atravesó las pobres paredes de mi casa.

Como retrocediendo, todos quienes antes mendigaban tu cercanía se fueron alejando, escapando como ratas por cada rendija de nuestro viejo hospital... En silencio, se volvieron las vecinas, el estallido había sido tan potente que todos pilluntearon en voz bajita el acontecimiento.

Esa misma tarde, en el colegio, se citó a una asamblea a toda la comunidad educativa, siendo presidida por los más connotados miembros de nuestra pobre sociedad. Los concejales vociferaban sus juicios y todos hablaban del presentimiento que habían sentido desde el primer día... El representante de los padres agregó la incompetencia de los personeros del colegio por no recabar antecedentes de quien iba a trabajar con sus hijos... Alguien ahondó sobre el riesgo inminente que implica el compartir espacios vitales, como el baño y los libros. Uno hubo (...y no fui yo) que apeló a la humanidad. Finalmente, el director que presidía tan trascendente reunión, rasgó vestiduras sacándose con furia su cuidado vestón y sentenció: *¡Esto es una escuela! somos ejemplo para nuestros alumnos, somos un ¡es-pe-jo! ¡No podemos tolerar esta degeneración, esta inmoralidad, esta impudicia! Si este señor está muriendo en el hospital... es por castigo divino. La escuela no respalda ni apoya a los libertinos; allá él y su dolor... Nadie que se precie de honesto debe ir a visitarlo. Queda estrictamente prohibida alguna manifestación de apoyo utilizando el sagrado nombre de nuestro colegio.*

VIERNES, LA MUERTE...

Me infundí valor apelando a un gesto humanitario, disfracé mi cobardía de piedad. Llegué al hospital con aires de compungido, encogiendo los hombros cada vez que encontraba a alguien. Me volví dos o tres veces antes de cruzar su aislada y aséptica puerta...

Finalmente estaba ahí, junto a él; cogí su mano y solté el llanto rogando que me escuchara... le hablé de mi amor; le pedí perdón ahogada casi la voz. Recuerdo que me miró con ojos profundos y calmos... Sabes, me susurró, nunca olvidé el río y sus bosques que lo acompañan cuesta abajo. Éramos tan coltros y desenfadados entonces...

Perdóname, repetí con urgencia.

Pero tan manso como había llegado apenas seis días antes, se fue desvaneciendo, en un suspiro profundo. ¡Perdóname! Repetí en una súplica babosa.

Un dolor intenso traspasó mis huesos y sostuve su cuerpo aterido en mi regazo. Llovió intensamente en la Trapananda esa tarde, llevándose la nieve y nuestra humanidad en arroyos sucios que cruzaron las calles del pueblo. Como si los cielos se hubieran rasgado, las nubes dejaron ver por unos momentos la blancura enaltecida de los cerros... dos o tres familiares ayudaron a la madre de Salvador a ungir su cuerpo raquíutico y acomodarlo con cierto asco en el cajón de lenga cordillerana.

SÁBADO SIN GLORIA

Cuando salía del velatorio de Salvador, y me disponía a subir a mi auto, escuché el grito de un colega que desde el otro lado de la calle me decía: *¡Hoy es la final del campeonato! ¿Vai' a ir...? -No, no creo, hoy es el funeral del Salvador... -¡Shhhit!, ¡hasta pa' morirse era maraco, justo hoy que es la final...!*

—Bueno, quizá voy si esto termina temprano... —¡Qué te preocupai', gueón!, después de todo, ¡un maricón menos en la Tierra... ¿o no?! —Sí...sí..., respondí agachando mi voz. *Sí,* dije vistiendo de machito mi voz. *Sí,* insistí con mi cobardía acostumbrada. *Un maricón menos,* repetí, mientras cerraba la puerta del auto y me acomodaba tras el volante. *Un maricón menos,* repetí mientras me alejaba...

Participé en este Concurso porque, tanto los derechos humanos como el arte son parte fundamental en mi vida. Creo en el arte como un medio de expresión, como una herramienta muy poderosa al momento de tener presente los derechos humanos.

Esta historia es real, y que la protagonista del cuento sea una niña, nos muestra que el tema de los derechos humanos nos atraviesa a todos por igual. Construí este cuento en base a imágenes que son percibidas por los distintos sentidos. Lo que vive la protagonista tiene que ver con sentimientos, no con un discurso escuchado.

Escribí sobre la muerte porque es un tema que me inquieta; reflexioné acerca de los detenidos desaparecidos, de la necesidad de verdad, justicia y reparación, aunque no exista. Para eso sólo nos queda la memoria.

CAMILA ANDREA HIDALGO LABARCA

MENCION
HONROSA

CEMENTERIOS

Siempre me sedujeron los cementerios. Me encantaba cuando mi madre me llevaba al Cementerio General, a visitar a mis difuntos parientes. Había que levantarse temprano porque a mi madre le gustaba ir antes de almuerzo. Siempre fantaseé con cómo sería ir de noche.

Desde la entrada me deslumbraba. Atravesaba esas rejas, altas, anchas, pesadas, negras, para pasar el alto umbral que parecía extenderse hacia el cielo o al infierno. Y así me adentraba a caminar por esos pasillos grises, húmedos, fríos, que calaban los huesos.

Me gustan los cementerios grises, amurallados. No los de pasto verde a cielo abierto, la muerte no es verde.

En el camino se nos interponían ángeles y gárgolas demoniacas con los que mis ojos se querían cruzar. También mis ojos se hipnotizaban con pequeñas tumbas que pertenecían a guaguas muertas. Otras veces miraba el suelo esperando encontrar una calavera. Nunca la encontré.

Al llegar finalmente al mausoleo familiar, mi madre respiraba, abría la reja y se daba una pausa.

Un silencio tras un acorde de tensión. Un silencio que se expandía en el tiempo. Luego de esta pausa, venía mi misión: el agua. Yo me empujaba para alcanzar los floreros, metálicos, oxidados, anaranjados, que colgaban de las seis tumbas. Ahí estaban los cuerpos de Sergio, Fresia, Yolanda y Óscar. Me encantaban sus nombres. A las otras dos personas no las conocía. En realidad solo había conocido a Sergio, pero mi fantaseo con los otros tres hacía que los conociera.

Juntaba los seis floreros y emprendía mi viaje. Como soy apresurada, trataba de acortar camino pasando sobre las tumbas al pasillo siguiente. A veces pisaba las tumbas y me preguntaba si aquellos muertos se sentirían ofendidos si yo los pisaba. Hasta que vi una señora recostada con todo el cuerpo, falda y las piernas abiertas sobre una tumba. Ahí entendí que también se podía reposar en la muerte.

Cuando llegaba a la canilla, supuesta fuente de vida, botaba el agua podrida y me daba una pausa para olerla en todo su esplendor. Un perfume cautivante, embrujante. El olor a agua estancada de muerte.

A la vuelta siempre me perdía en los pasillos, laberintos. Los nichos me encantaban estéticamente, eran los más grises de todo el cementerio, igualmente blancos como

negros, igualmente luminosos como oscuros, limpios y sucios, tan simétricos que se podía sostener en su armonía.

En el camino siempre iba leyendo los nombres y apellidos de las lápidas y fantaseaba con el aspecto físico de aquellos difuntos. Los veía como en una fotografía. Primero sus tonos, su textura, su edad, su pelo, sus rasgos, sus ángulos. En los mausoleos familiares, luego de retratarlos a todos, armaba una nueva fotografía, una fotografía familiar. A veces me encontraba con apellidos rimbombantes y grandes mausoleos de mármol o de piedra negra. Al percibir el brillo de esas piedras y la majestuosidad de sus alturas imaginaba que eran de extranjeros que de seguro tenían sangre azul. Otras veces fantaseaba con la forma de sus muertes, imaginaba fuertes sufrimientos, luchas sangrientas y casi siempre terminaba heroizándolos.

Me cuestioné porque algunas tumbas tenían cruz, otras tenían una columna rota y otras, azulejos como dominó, blanco y negro. Al final también es gris si se mezclan los colores. Me cuestioné la palabra “disidente”. Me cuestioné los largos y anchos de las murallas. Las separaciones.

Cuando por fin lograba regresar, con la mitad del agua derramada, mi madre arreglaba minuciosamente las flores nuevas y botábamos las podridas. Antes de botarlas yo me tomaba una pausa e imaginaba quién las había traído y cuánto tiempo llevarían ahí. Por lo general pensaba que las habían traído amantes ocultos, que venían a escondidas, tapados con una manta negra a dejarlas. En los cementerios, tanto las flores podridas como las nuevas son igual de hermosas.

Una mañana de domingo, a mis siete años, en el camino me encontré con un muro gigante que no había visto antes, era el “Memorial del Detenido Desaparecido y del Ejecutado Político”. A esa edad yo no entendía lo que significaba ese nombre tan largo, pero sí había aprendido a leer hace poco, por lo que mi juego era leer los nombres de las lápidas. No podía comprender cómo tanta gente estaba enterrada ahí, cómo en un espacio tan pequeño, ¿cuándo se había muerto tanta gente junta? ¿Qué accidente más catastrófico! ¿Cómo no lo había visto en las noticias?

Mi mamá me respondió, “es que no están ahí”. Su respuesta me dejó más descolocada. Aquello no cabía en mi razonamiento lógico aunque tuviera siete años. No pregunté más, pero ese lugar olía raro, yo lo olía.

“Todo mi amor está aquí y se ha quedado pegado a las rocas, al mar, a las montañas”. Nunca me pude sacar de la cabeza esa frase grabada.

Esa muralla era tan alta y tenía tanta información que parecía que se iba a caer. Parecía una guía telefónica, ordenada alfabéticamente por apellidos. Había varios

del mismo apellido. Siempre la sentí inclinada hacia el suelo, no hacia el cielo. Creía que se me caería encima.

El no entender me empezó a generar terror. De hecho, ese es el pasillo más frío, aunque le dé el sol. Una sensación te tira hacia adelante para seguir avanzando rapidito, a paso corto, apretando el culo, cuando en contrapunto, un peso te tira desde el centro hacia abajo, como estancándote. El pasillo parece estar despojado de todo rastro de vida, pero a la vez la vida pulsa todo el tiempo. Es como la muerte que no se puede ir.

Años después me contaron la historia de ese memorial y me acordé de la libertad que sentía cuando un pájaro se posaba en un mausoleo, observaba los pasillos meticulosamente y decidía volar y perderse en la aventura del cielo. Pensé en la libertad y en lo terrible que era perderla. Sentí el mismo terror que de niña, cuándo no sabía lo que había ahí pero sentía un olor extraño. ¡No había nada ahí! Solo recuerdos que realmente mejor se buscaban en el mar, en las rocas, en las montañas. Recuerdos y penas. Y rabias. Llagas abiertas aun. Fuegos, algunos ya comenzaban a apagarse, otros seguían un fuego constante, otros cada vez prendían más fuerte, otros no terminaban de quemarse para volverse a incendiar. Pero ninguno eran cenizas, como la de mis familiares, como la de los señores con apellidos rimbombantes, como la de las guaguas fallecidas, como la de los héroes que me inventaban, como la del esposo de la señora de falda. De ellos no podré encontrar calaveras. ¿Por qué aquellas personas no tenían derecho a lo mismo? Todos tenemos derecho a un espacio donde pausar. Esas familias no podrán nunca reposar en la muerte con falda, a patas abiertas. ¿Cómo reposar en la muerte si no se sabe la verdad? Cuando supuestamente las muertes son revelaciones.

Es un memorial, pero no un lugar donde reposar en la muerte. Para eso hace falta justicia, e inclusive reparación, aunque no la exista.

En los cementerios entendí lo que era el olvido, la clase, y la pérdida. El arte lo entendí en la muerte. La muerte definió mi infancia. La muerte fueron los primeros oscuros que experimenté, vi, oí, sentí, escuché y fantaseé. También los primeros oscuros que no entendí.

A veces, solo vivo en cementerios.

FOTO GRAFÍA

Quise aportar al desafío que tenemos como país de que los derechos humanos se respeten de manera íntegra; que no existe motivo alguno por el cual las personas vean menoscabadas sus capacidades o que, peor aún, intenten romper con sus sueños, sus expectativas de vida. Independientemente del estrato social, etnia, color, que se entienda de una buena vez que somos todos iguales y que para lograr una sociedad inclusiva primero debemos ser capaces de aceptarnos tal y como somos, personas libres y con derechos.

Respecto a la fotografía, lo que busca es transmitir lo complejo de una sociedad y las dificultades que como país vivimos al ser constantemente remecidos por diferentes catástrofes. Intenta despertar en el espectador la necesidad de entender que somos y seguiremos siendo vulnerables y que el mensaje de esta niña sumida en la devastación, en donde cientos de personas perdieron sus viviendas, está intacto, la luz e ingenuidad que transmite su mirada nos da la esperanza de surgir hacia una sociedad mejor y más justa.

FELIPE PIZARRO CAVIERES

1^{ER} LUGAR

Cerro Mariposa, luz entre cenizas



No quise mantenerme al margen y participé enviando una fotografía que posteriormente fue elegida entre las premiadas. Con mucho orgullo y respeto quiero manifestar mi compromiso con los derechos humanos, tal como lo ha sido toda mi carrera como fotoperiodista, y rendir un humilde homenaje a la familia de Mario Samuel Olivares, que representa a miles de familias que tuvieron que sufrir indescriptiblemente la pérdida de un ser querido, en dictadura. El recuerdo de quienes ya no están sigue vivo y la verdad que aún no llega para muchos, reclamará siempre justicia, que por el tiempo transcurrido ya no es, ni será realmente justa.

VÍCTOR SALAS ARANEDA 2^{DO} LUGAR

Retorno de Samuel



Lo que más me motivó a entrar en este Concurso y a hacer esta foto, fue dar a conocer un punto más de lo que está pasando en las poblaciones y lugares no tan céntricos, y que permite ver el espíritu de superación que tienen varias personas que prefieren sacrificar su vida para darles bienes a otros. Lo que se quiere expresar en la fotografía es la nobleza y la tranquilidad con que estas dos personas están trabajando, creando el alimento sin ningún tipo de discriminación, trabajando unidas. Lo que más quise remarcar fue cómo el adulto, independiente de su trabajo sacrificado y diario, se da el tiempo de enseñar y de cuidar a otra persona sin pedir nada a cambio. Son personas que creen en los derechos humanos.

VÍCTOR ALIAGA LÓPEZ

3^{ER} LUGAR

Las panaderas



Superponer alrededor de 300 rostros, así como capas de la piel, membrana sobre membrana, una sobre la otra, tejiendo una tela humana... lejos de su religión, sexo, edad, orientación sexual, etnia, color, raza, dan como resultado una simpleza del yo, mutando al nosotros.

Movido intrínsecamente por la temática social, mi trabajo trata de sensibilizar, cuestionar, llamar a una reflexión y un auto cuestionamiento sobre la sociedad en la que vivimos, cómo nos desenvolvemos y actuamos en torno a nuestras agrupaciones.

LEONARDO AMPUERO RODRÍGUEZ

1^{ERA} MENCIÓN
HONROSA

Diversiguales



Esta fotografía me inspiró para participar en el Concurso, ya que refleja a la sociedad. Una sociedad que en el siglo XXI aún sigue siendo marcada por una brecha socioeconómica, resaltando clases sociales en educación e igualdad. Tomé esta imagen para transmitir la nostalgia y esperanza que se refleja en los ojos de un niño de tan solo tres años. Esta mención honrosa me hizo crecer como fotógrafo aficionado, dando a conocer mis habilidades sin contar con grandes recursos

DANIEL CABRERA GARCÍA

2^{DA} MENCIÓN
HONROSA

Yo también existo



AFICHE

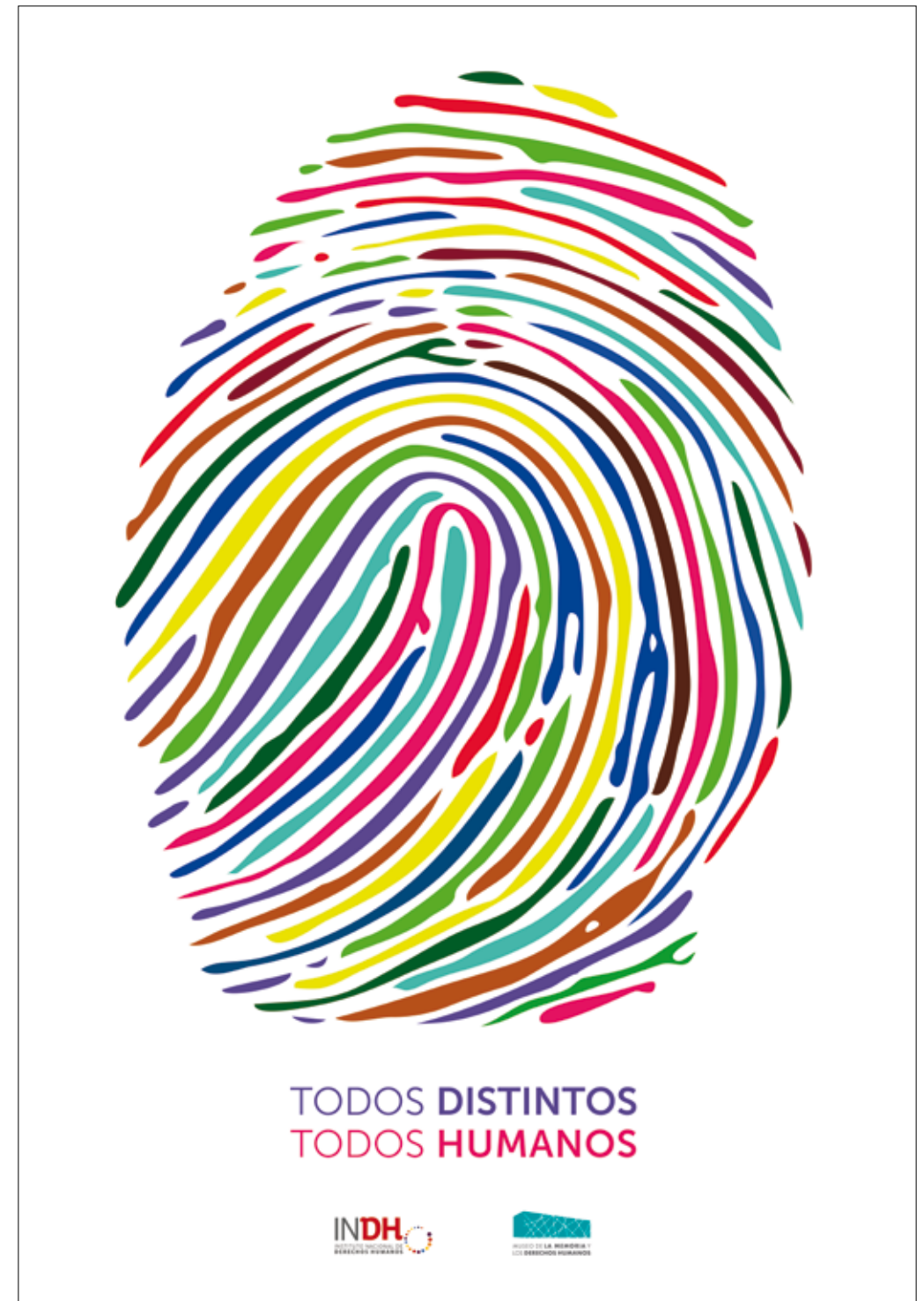
Mi inspiración para participar en el concurso fue el darme cuenta de lo poco incorporado que tenemos en nuestro país los derechos humanos, pareciendo muchas veces tema de interés de un sector político o una minoría determinada, cuando en realidad es algo que nos atañe a todos y cada uno de quienes queremos vivir en un mundo más armónico.

La invitación detrás de mi afiche es reconocer esa humanidad que está presente en cada uno de nosotros y que, querámoslo o no, nos conecta como grupo más allá de nuestras ideas, creencias, estilos y opciones de vida. Reconocer este simple hecho puede ser la base para construir un país y un mundo más unido, en donde todos nos sintamos actores relevantes desde nuestra singularidad humana, en una sociedad basada en el respeto y la tolerancia.

RICARDO METAYER MARTÍNEZ

1ER LUGAR

Todos distintos, todos humanos

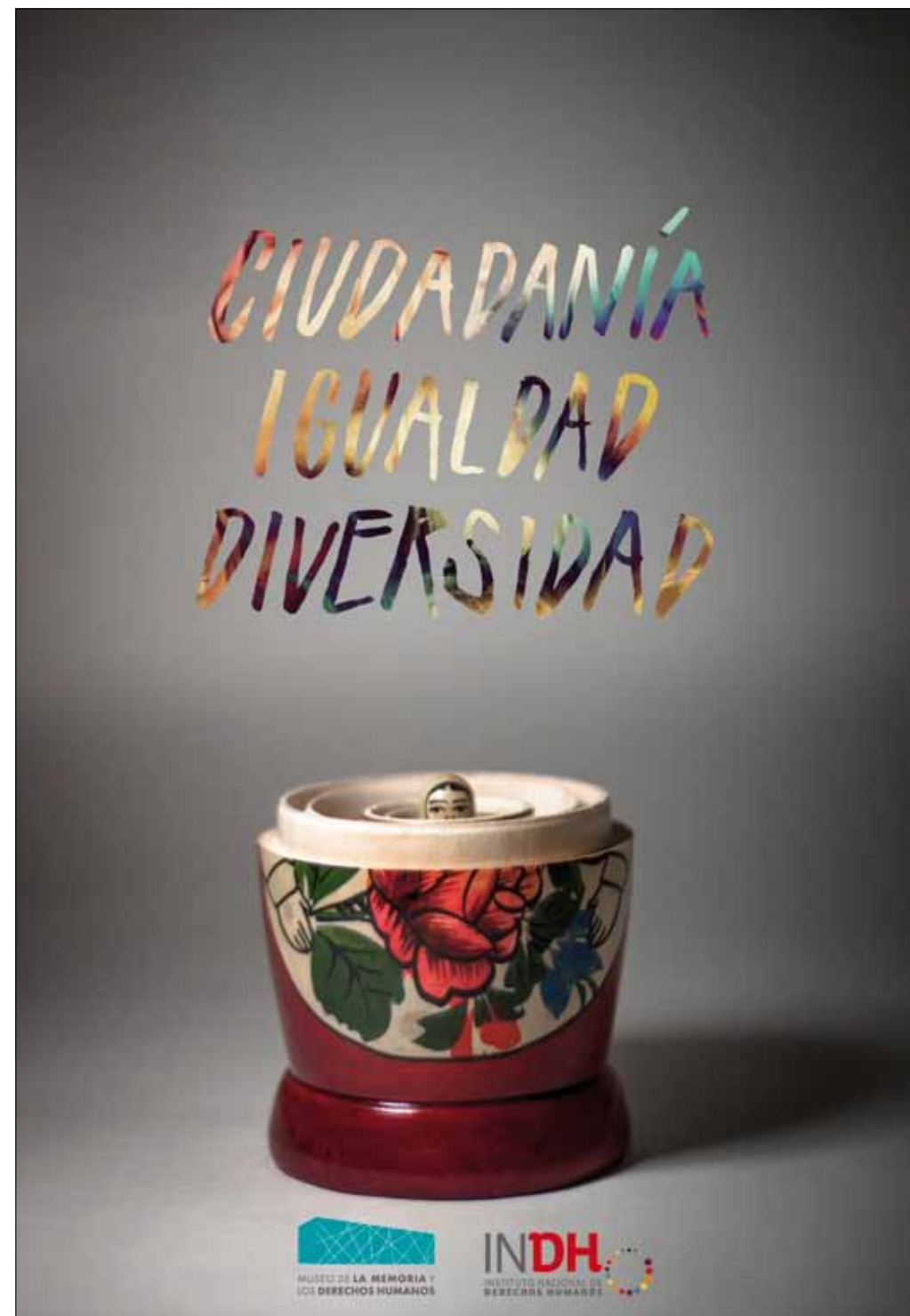


Se aborda la creación del afiche de manera colectiva junto a Gabriel Holzapfel, artista visual y fotógrafo con quien formamos la dupla creativa DAGA. Teníamos esta idea de abordar el concepto de la intolerancia y la discriminación. El afiche se enfoca en retratar ese fenómeno: de cómo la sociedad —con sus prejuicios y presiones— genera que algunas personas desarrollen miedos, complejos y traumas con respecto a cómo se ven o cómo se paran frente al mundo. En ese sentido, hablar de “las corazas” a través de una Matrioska (muñeca rusa), es apuntar a la gente que se “disminuye” debido a la discriminación. De ahí que se titule “Escondite”.

Creemos que una sociedad inclusiva es una sociedad donde existe la libre expresión y la gente puede desarrollarse sin complejos y sin esconder su identidad ni sus pensamientos. Nos parece importante participar en un concurso que haga un llamado a algo más allá que al propio reconocimiento de sus ganadores: acá los resultados están fomentando algo que es fundamental para la sociedad, mantener presente el respeto en distintos ámbitos sociales y culturales.

DANILA ILABACA ARGANDOÑA
2^{DO} LUGAR

Escondite



Participé gracias a un compañero de universidad. Me dijo que el año pasado había participado en el mismo concurso del INDH. Me interesó, estudié las bases y concursé. Primero vino la idea y después la forma. Quise hacer un aviso que fuese genérico, que llegaría a todo tipo de personas que sean diferentes y se sientan discriminadas por un motivo en particular. Ahí nació la frase “Somos iguales. Sólo funcionamos de una manera distinta”, y después vino la imagen, dos fotos idénticas de un paisaje, y una de ellas está invertida.

MATÍAS ROJAS VIDAL

3^{ER} LUGAR

Somos iguales. Sólo funcionamos
de una manera distinta



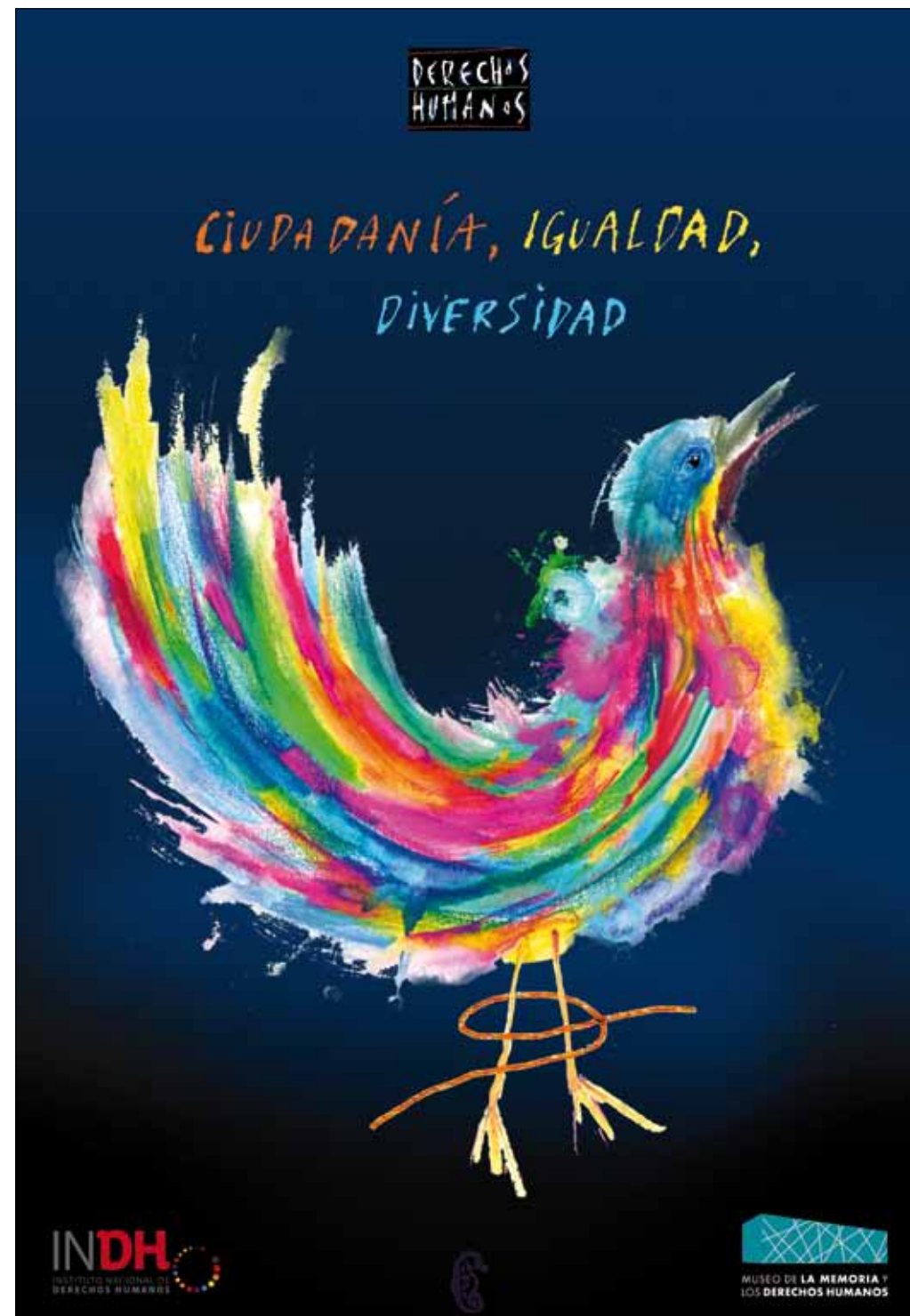
Quizás por haber vivido la juventud en dictadura, para nuestra generación nunca es lejana una temática como la de los derechos humanos, y lamentablemente aprendimos desde un desastre la importancia de su respeto y promoción. Esa es la razón que motivó mi participación.

La ilustración que protagoniza el afiche es bastante literal. Está construida con diversidad cromática —como lo heterogéneo del paisaje humano— y se apresta a volar, empoderada con su libertad recién lograda.

LEONARDO AHUMADA GALLARDO

1^{ERA} MENCIÓN
HONROSA

Pájaro



Tengo dos hijas pequeñas y me preocupa profundamente que la identidad que están formando hoy, se vea constantemente bombardeada por imágenes y palabras que nos descalifican por el simple hecho de ser mujeres. La identidad también se crea en el lenguaje, por lo que me parece urgente cambiar el discurso que, como país, tenemos acerca de la mujer.

JOANNA MORA VALLEJO
2^{DA} MENCIÓN
HONROSA

¿Cambiemos el discurso?



MICRO METRAJE

La ribera del Río Mapocho se ha transformado en punto estratégico de las protestas en Santiago, más específicamente el sector bajo el puente Pío Nono. Lo que antes se veía como un acto de osadía y desesperación, hoy se ha transformado en un símbolo de resistencia y una buena vitrina para exponer distintas demandas sociales.

En el invierno de este año se llevó a cabo la “toma del Río Mapocho” por parte de la Federación Nacional de Pobladores (FENAPO), quienes demandan el derecho humano a la vivienda y a vivir dignamente. Registramos la cotidianidad de esta toma. “Subsuelo” habla de una realidad escondida, como muchas, y de un derecho arrebatado, que es el derecho a vivir bien, con dignidad.

Concursos como éste son instancias fundamentales. Espero que se multipliquen estas iniciativas. Creo que las artes son un factor fundamental en el desarrollo de la conciencia de una sociedad.

NATALIA MEDINA LEIVA

1ER LUGAR

Subsuelo



Quise participar porque sentí que el Concurso permitía un espacio que nunca había encontrado; que lograba fusionar mi profesión o mis herramientas (lo audiovisual) con mis principios y mis convicciones. Sentí que podía poner mi talento en función de lo que me representa, de mi historia, de mi forma de pensar y vivir. Por eso me motivé, y asimismo, decidí que esta historia debía ser contada por niños, porque ahí radica el mensaje que quise transmitir: los detenidos desaparecidos no son una lucha ni un dolor del pasado, es una realidad vigente y que sigue existiendo, incluso en esos pequeñitos que desde la inocencia cargan con la historia familiar. El mensaje es que mientras exista memoria podemos seguir caminando, pero mientras no exista justicia, los niños de Chile seguirán heredando la ausencia.

PALOMA GRUNERT VILLEGAS

2^{DO} LUGAR

La casa del abuelo



Llevo tres años investigando y grabando un documental biográfico sobre mi tía Adriana, una persona importante de mi infancia, pero de quien hace unos años se me desmoronó la imagen cuando me enteré que en su juventud trabajó para la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), la policía secreta de Pinochet.

Ahora que se presentó esta instancia del Concurso, decidí mostrar un fragmento de mi material, y por primera vez abro esta intimidad al frente de más personas. En las imágenes tratadas experimentalmente con fotografía y llamadas telefónicas con mi tía y sus ex colegas de la DINA, se muestra parte de mi viaje; nuestra relación, cuando nos enfrentamos ideológicamente, y mi postura de no estar de acuerdo con el sistema nefasto de la DINA.

LISSETTE OROZCO ORTIZ

3^{ER} LUGAR

Vorágine



Me motivó a participar en el Concurso la temática general. El tema de los derechos humanos es algo que nunca se debe dejar de trabajar, para crear conciencia y educar a la gente para que algún día tengamos un mundo y una sociedad mucho más justa con iguales derechos para todos.

En nuestra sociedad aún existen muchos prejuicios en torno a la comunidad LGBT, por lo tanto, en mi obra básicamente aproveché la celebración del “Día del Orgullo Gay” para demostrar cómo sería un “Día ideal” en el que todo tipo de parejas puedan expresarse amor públicamente, sin miedo a ser discriminadas.

SEBASTIÁN SILVA GONZÁLEZ

MENCIÓN HONROSA

El día ideal



2014_

CONCURSO NACIONAL
ARTE Y DERECHOS HUMANOS
CIUDADANÍA, IGUALDAD, DIVERSIDAD

OBRAS GANADORAS
CONCURSO NACIONAL **ARTE Y DERECHOS HUMANOS** 2014
CIUDADANÍA, IGUALDAD, DIVERSIDAD

